



# ¿Somos como decimos que somos?

## La coherencia, o cómo tratar de ser fieles a nosotros mismos

Es una de las virtudes más ensalzadas... y, por desgracia, menos frecuentes. No resulta fácil ser coherente o, lo que es lo mismo, mantener una línea reconocible en nuestros actos a lo largo del tiempo. Para empezar, hay que tener una gran capacidad autocrítica y la fortaleza de espíritu suficiente para no ceder a las presiones exteriores ni a las tentaciones de adoptar una actitud cómoda. Claro que tampoco hay que exagerar la nota. ¿Quién no tiene contradicciones?



IMANOL QUEREJETA Y JAVIER VIZCAÍNO

Ya está formulada la primera pregunta, Imanol. Que tire la primera piedra quien pueda decir que todo, absolutamente todo en su vida, marca una línea recta sin la menor desviación...

Nunca se sabe, pero si existe alguien de esas características, yo desde luego no lo conozco. Bueno, tal vez las piedras sí que son así.

Por buscar 'peros' a lo que, en principio, hemos dicho que era una virtud, se me ocurre que a veces no resulta fácil distinguirla de la intolerancia. Vamos, que hay personas que se pasan de rigidez, que rozan el fanatismo y se tienen por los campeones de la coherencia.

Las virtudes y los defectos son la consecuencia de la utilización adecuada o inadecuada respectivamente de nuestras cualidades, es decir, de aquello que nos distingue de los demás. El fanatismo, la intransigencia y la rigidez extrema son la lectura desviada de la coherencia, que es una virtud en permanente cambio. Es conveniente desarrollarla junto con otras virtudes, como la tolerancia, la oportunidad y la flexibilidad. No se puede ser igual en cualquier circunstancia.

Algo me dice que, como tantas otras cosas, la coherencia es algo que se puede transmitir con el ejemplo. Si yo, con un cigarro en la boca, le digo a mi hijo que es malísimo fumar, él recibirá como mensaje que no necesariamente hay que hacer lo que se dice.

En eso sí que, en mi opinión, no hay medias tintas. La flexibilidad y la tolerancia no se deberían aplicar para mí, y el rigor para los demás. Hay conductas que hay que defender con el ejemplo. En el asunto de los hábitos es así; no vale decir a tus hijos que no hagan como su padre, que hizo esto o lo otro. Si uno, como adulto, no se siente con fuerzas de ser un referente para sus hijos, es mejor que no envíe mensajes que confunden a los hijos y le quitan autoridad a él, aplicando el refrán que dice que "la palabra más bella es la que queda por decir". Más de una vez hemos comentado en nuestro formato anterior que eso de pedirle a los hijos que no nos mientan para luego concederles una prebenda contra la opinión de la pareja pidiendo que "...toma, toma, pero no se lo digas a tu madre/padre", no hace más que eso, confundir y desautorizar.



“Estos son mis principios, pero si no le gustan, tengo otros”  
(Groucho Marx)



Ser coherente es un ejercicio continuo de aproximación a la línea marcada.

### QUÉ NOS AYUDA

- **No olvidar.** Tenemos nuestro espacio privado que convive con un espacio público que está lleno de 'otros', diferentes, tan buenos o malos como nosotros, que se merecen un respeto, una pregunta y una explicación.
- **Cultivar la crítica.** Es el elemento fundamental en nuestra mejora en todos los ámbitos de la vida. Tolerar todas las críticas, hasta las feroces, para entre otras cosas, aprender a detectar si son justificadas o no, y poder darles respuesta. Ese ejercicio, bien hecho, ayuda a que seamos mejores. Los exámenes de conciencia honestos son verdaderos puntos de inflexión.
- **No mentir.** No hacerlo más de lo estrictamente necesario (también es inevitable) y siempre de forma provisional. Es decir, mentir en un momento puntual por verdadera necesidad, pero descubrir nuestra mentira, argumentarla y aceptar con humildad el castigo de los que se hayan sentido defraudados o perjudicados por nuestra conducta. Nadie es perfecto y eso es bueno saberlo y ejercerlo.

### QUÉ NOS DIFICULTA

- **Creernos los mejores.** Pensar que no tenemos nada que corregir.
- **Prescindir.** Obviar a ese ejército de 'otros' que comparte espacio público con nosotros.
- **Confundir las críticas.** Justificarnos mucho y explicarnos poco. Con lo primero, normalmente buscamos a quién echar la culpa de nuestros déficits. En cambio, con lo segundo contamos lo que hemos hecho, las razones por las que lo hemos hecho admitiendo nuestros aciertos y nuestros errores y restableciendo la dignidad de las personas a las que hemos podido defraudar o perjudicar con esa explicación y, si es preciso, una sincera disculpa.
- **No examinar.** No 'fustigar' a nuestra conciencia con frecuencia. Los humanos nos equivocamos demasiadas veces como para pasarlo por alto. Si lo hacemos, la consecuencia es incurrir en contradicciones que nos restan rigor y crédito.

He centrado el primer ejemplo en la infancia, pero esa disparidad entre lo que se dice y lo que se hace está a la orden del día entre los ya crecitos. Desde el político que nos pide austeridad después de haberse gastado millones en algo superfluo, al jefe que reclama respeto a gritos e insultos.

Has ido a dar con dos figuras cuyo prestigio no goza de buena salud en este momento y que los has descrito con mucho tino. El problema de ambos es que el crédito y el prestigio se pierden una vez en la vida para no recuperarse nunca. La peor de las mentiras es la primera.

Parece que casi todo en esta vida es una invitación a ser incoherente. Se diría, incluso, que a quienes hacen lo contrario de lo que proclaman les va bastante bien. Llegan muy arriba en la escala social. En la carrera cortoplacista, tal vez; en la carrera larga, no tanto. Aunque parezca que no, la vida suele poner las cosas en su sitio más tarde o más temprano. Esto que tú planteas está bien para los *sprinters*. Algunos obran de esta manera, se conforman con unos beneficios y se retiran de la carrera a tiempo. Los que no lo hacen, terminan ahogándose porque se ciegan con el beneficio rápido y no están preparados para un sufrimiento más largo.

La capacidad autocrítica es fundamental para saber cuándo uno está dejando de ser fiel a sí mismo. Lo que ocurre es que no la practicamos demasiado. Tendemos a ser indulgentes con nosotros mismos. Así suele ser. Afortunadamente, de un modo no tan generalizado todavía, pero como hemos mencionado antes, si los que se supone que nos dirigen y en quienes delegamos nuestros proyectos, no casan su discurso con su praxis, es muy fácil que cunda el desánimo, que éste se generalice y que tengamos un modelo de sociedad enfermo e insolidario, cada día más, como el actual.

También subrayábamos al principio que había que tener una voluntad de hierro para no ceder. En ocasiones ser coherente supone perder amigos, dinero, popularidad. ¿No es más rentable echar pelillos a la mar y acabar haciendo aquello que se deplora para no crearse problemas? Yo creo en una virtud que es la inteligencia. Pienso también que hay que saber dónde gastar la munición. Hay asuntos en los que un silencio es prudente y útil. Por ejemplo, cuando se trata de cuestiones de principios, y no digamos ya, si afectan a colectivos de personas. Resistir es una ocasión fantástica de poner a prueba la calidad del cariño de los que nos dicen que nos quieren. No deja de ser doloroso tener un desencuentro con alguien a quien has querido porque de pronto pone un precio a su amor, pero es inevitable que nos pase a todos.

Es más fácil detectar la falta de coherencia ajena que la propia. Imagina que la percibes en una persona próxima, por la que sientes cariño. Tendrías que ser 'muuuuu' delicado para hacérselo notar. ¿O te callas? No entiendo la amistad sin la lealtad, y no entiendo esta última sin claridad. Cuando una persona que quiere hace algo que te parece equivocado o reprochable, decirselo es un verdadero acto de amor. Hay que saber decirlo con respeto y admitiendo que el equivocado puedes ser tú o que quizás se trata de un malentendido. Pienso que si corriges a tus amigos, abres un espacio de comunicación nuevo que beneficia a todos.